

Artículo IV

De la Resurrección de Cristo.

Cristo resucitó verdaderamente de entre los muertos, y tomó de nuevo su cuerpo, con carne, huesos y todas las cosas pertenecientes a la perfección de la naturaleza humana; con el cual ascendió al cielo, y allí está sentado hasta que vuelva para juzgar a todos los hombres en el último día.

De Resurrectione Christi.

Christus vere a mortuis resurrexit, suumque corpus cum carne, ossibus, omnibusque ad integritatem humanae naturae pertinentibus, recepit; cum quibus in coelum ascendit, ibique residet, quoad extremo die, ad judicandos homines reversurus sit.

Equivalentes importantes

De la muerte = a mortuis.

A la perfección de la naturaleza del hombre = ad integritatem humana naturae.

El artículo es prácticamente el mismo ahora que en 1553, pero no hay nada que le corresponda en la Confesión de Augsburgo o en los artículos del Concordato de 1538. Es la secuela natural de los Artículos precedentes sobre la Persona y la Obra de Cristo. Su propósito era evidentemente enfatizar la verdad de la Resurrección y la realidad de la humanidad de nuestro Señor frente a las negaciones primitivas y posteriores. El docetismo de los primeros gnósticos había revivido en el siglo XVI, y algunos enseñaban que la carne de Cristo no había sido real y que ahora está tan deificada que ha perdido toda humanidad real [Hardwick, History of the Articles of Religion, p. 99]. Por este motivo se consideró esencial enfatizar la resurrección física real y actual [Véase Reformatio Legum Ecclesiasticarum, De Haeresibus, c. 5, De duabus naturis Christi (Sobre las dos naturalezas de Cristo)]. Esta frase de la misma es particularmente importante, aunque debe consultarse toda la sección: Quidam verbum in carnis naturam conversum asserunt, quam, quamprimum a morte in coelum fuit recepta, rursus volunt in naturam divinam reversam et absorptam esse (Algunos afirman que el verbo se convirtió en naturaleza de carne, la cual, una vez recibida de la muerte al cielo, nuevamente quieren que sea devuelta y absorbidos en la naturaleza divina)], que demostraría que nuestro Señor no renunció a su humanidad cuando se levantó de la tumba y ascendió al cielo.

Pero al igual que con los Artículos anteriores, con éste no hay duda de que los Reformadores deseaban enfatizar su acuerdo con la enseñanza fundamental de la Iglesia universal sobre la Resurrección de nuestro Señor. Entonces, también, parece haber habido una referencia especial a ciertos puntos de vista eucarísticos asociados

con la ubicuidad de la humanidad de nuestro Señor, que este Artículo indirecta pero efectivamente enfrentaría y controvertiría [Véase también el artículo XXIX.]

I - La Enseñanza del Artículo

Como el Artículo contiene varias verdades separadas y sin embargo conectadas, parece mejor primero analizarlo como un todo, y luego considerar más en detalle las principales doctrinas enseñadas e implicadas.

1. El Hecho de la Resurrección. – “Cristo verdaderamente resucitó de la muerte”.
- El énfasis está claramente en la realidad de la resurrección física.

2. La identidad del cuerpo resucitado. - “Y tomó de nuevo su cuerpo”. - Esta es una prueba más de la resurrección real que implica necesariamente la identidad con el pasado.

3. La diferencia entre el cuerpo resucitado y el que fue sepultado. – “Con carne, huesos y todo lo que pertenece a la perfección de la naturaleza del hombre”. – La omisión de “sangre” posiblemente pueda referirse a la diferencia esencial entre el cuerpo sepultado y el que resucitó. El Artículo, siguiendo las Escrituras, habla de “carne y huesos”, y esta frase, en contraste con las palabras de San Pablo acerca de que “carne y sangre” no pueden entrar en el Reino de Dios, puede sugerir que si bien el cuerpo resucitado no fue constituido sobre un base natural a través de la sangre, pero que poseía “todas las cosas pertenecientes a la perfección de la naturaleza del hombre”. Por tanto, la verdadera descripción de la Resurrección parece ser que fue una realidad objetiva y, sin embargo, no una mera reanimación física. Era lo mismo, pero diferente; diferente, pero igual.

4. La Ascensión. - Con la cual ascendió al cielo”. - El latín es significativo, cum quibus, es decir, con todas las partes de su naturaleza física aquí especificadas. Así, siguiendo la Escritura, el Artículo no hace distinción entre la Resurrección y la Ascensión como hechos reales.

5. La Sesión. - “Y allí se sentó”. - Esta es una repetición virtual de la declaración del Credo, tal como se basa en la enseñanza del Nuevo Testamento.

6. El retorno. - “Hasta que Él vuelva”. - Otra referencia a lo que es tan prominente en el Nuevo Testamento, el Segundo Advenimiento de nuestro Señor.

7. El Juicio. - “Para juzgar a todos los hombres en el último día”. - De nuevo, siguiendo el Credo, la declaración es bastante general en cuanto al propósito por el que Cristo regresa.

II - El lugar de la Resurrección en el Nuevo Testamento

Las afirmaciones del Artículo con referencia a la Resurrección de Cristo requieren la consideración de lo que la Sagrada Escritura enseña acerca de este acontecimiento, y para que podamos comprender más plenamente su significado espiritual y su uso práctico es esencial examinar la posición que ocupa en el registro del Nuevo Testamento.

1. Fue predicho por Cristo mismo. - Al principio usó sólo términos vagos (Juan 2:19). - Más tarde habló claramente, y siempre que mencionaba su muerte añadía una referencia a la Resurrección (Mateo 16:21). Estas declaraciones son numerosas y forman parte integral de la enseñanza de Cristo acerca de sí mismo (Mateo 12:38,40, 16:21, 17:23, 20:19, 27:63; Marcos 8:31, 9:31, 10:34, 14:58; Lucas 9:22, 18:33; Juan 2:19-21).

2. El registro de las apariciones después de la Resurrección. - En los cuatro Evangelios las apariciones de Cristo son claras y prominentes. Hubo dos series de apariciones, una en Jerusalén y otra en Galilea. Los relatos detallados de estas apariciones, especialmente cuando se contrastan con la fragmentariedad comparativa del relato de la vida terrenal de Cristo hasta el Domingo de Ramos, son indudablemente significativos.

3. La Resurrección ocupó un lugar destacado en la predicación de los Apóstoles. En todas las ocasiones en que se enfrentaron a incrédulos, tanto judíos como gentiles, el tema principal de su testimonio fue "Jesús y la Resurrección" (Hch 4,2). La elección del nuevo Apóstol estaba asociada al testimonio de la Resurrección (Hch 1,22); los sermones de San Pedro destacaban la Resurrección (Hch 2,32; 4,10; 10,40). Del mismo modo, San Pablo se convenció en primer lugar de la Resurrección (Hch 9,5), y luego la proclamó por doquier (Hch 13,30; 17,31; 26,8.23; 1 Co 15,1-4). Es imposible ignorar la prominencia de este tema en la predicación apostólica.

4. La Resurrección se muestra como una fuerza espiritual en la vida de los cristianos (Rom. 1:4, 4:25, 6:9-11; Ef. 2:19, 20; 1 Pe. 1:21).

5. También se presenta como la garantía de la esperanza en una vida futura (1 Co. 15:20-23; 1 Ts. 4:14; 1 P. 1:3, 4).

III - Las Pruebas de la Resurrección*.

[*La sustancia de esta sección está tomada de un artículo del autor en la International Standard Bible Encyclopedia. Véase también su Cristianismo es Cristo, Cap. VII].

Como la Resurrección siempre se ha considerado vital para el cristianismo, no es sorprendente que los oponentes hayan concentrado sus ataques en ella. Hay varias líneas convergentes de evidencia.

1. La primera prueba es la vida misma de Jesucristo. Ya sea en la experiencia ordinaria o en la ficción, hay una decepción cuando una vida que comienza bien termina mal. En el caso de Jesucristo, una vida perfecta termina con una muerte vergonzosa, y es imposible considerarla como un final apropiado. Los Evangelios presentan la Resurrección como la culminación de la imagen de Cristo. No hay duda de que Él anticipó su propia Resurrección, y su veracidad está en juego si no resucitó. Así, la Resurrección no es la de un hombre ordinario, sino la de uno cuyo carácter había sido único, y para cuya vergonzosa muerte no se podía concebir una explicación adecuada. [En vista, por tanto, de su perfecta veracidad, es imposible negar la seguridad de su resurrección [C. H. Robinson, *Studies in the Resurrection*, p. 30]. Luego, también, si la muerte cerró una vida tan notable, nos enfrentamos al misterio insoluble del triunfo permanente del mal sobre el bien; [C. H. Robinson, *ut supra*, p. 36] de modo que la Resurrección no puede aislarse de lo que la precedió, y la verdadera solución del problema se encuentra en aquella estimación que "encaja más enteramente con la totalidad de los hechos" [Orr, *La Resurrección de Jesús*, p. 14].

2. Otra línea de prueba es el hecho de la tumba vacía y la desaparición del cuerpo. Los detalles del registro en cuanto a la muerte y sepultura de Cristo no son ahora seriamente cuestionados, y sin embargo, a la tercera mañana la tumba estaba vacía y el cuerpo había desaparecido. Sólo hay dos alternativas. Su cuerpo debe haber sido sacado de la tumba por manos humanas o por un poder sobrehumano. Las manos humanas habrían sido las de sus amigos o las de sus enemigos. Incluso si los primeros hubieran querido hacerlo, difícilmente habrían podido cumplir su deseo ante los obstáculos. Si los segundos hubieran contemplado el traslado, cabe preguntarse si lo habrían considerado seriamente, ya que esto habría sido lo más probable para difundir la noticia de su Resurrección. Como dijo San Crisóstomo: "Si el cuerpo hubiera sido robado, no podrían haberlo robado desnudo, debido a la demora en despojarlo de las ropas funerarias y a la molestia causada por las drogas adheridas a él" [Citado en Day, *Evidence for the Resurrection*, p. 35]. Además, la posición de las ropas funerarias prueba la imposibilidad del robo del cuerpo. [Véase el griego de Juan 20:6, 7; Cf. 11:44; Grimley, *Temple of Humanity*, pp. 69, 70; Latham, *The Risen Master*; *Expository Times*, Vol. XIII, p. 293 s.; XIV, p. 510.]. Entonces, también, es imposible explicar el fracaso de los judíos para refutar la Resurrección, ya que no fue más de siete semanas después de la Resurrección que San Pedro predicó el hecho de que Jesucristo había resucitado. Si los judíos hubieran podido presentar el cadáver, habrían silenciado al Apóstol para siempre. "El silencio de los judíos es tan significativo como el discurso de los cristianos" [Fairbairn, *Studies in the Life of Christ*, p. 357]. Así pues, el hecho de la tumba vacía con la desaparición del cuerpo sigue siendo un problema que hay que afrontar. Ahora se admite que la

evidencia de la tumba vacía es adecuada, y que era parte de la creencia primitiva; [Streeter, Foundations, pp. 134, 154.] y es importante darse cuenta de la fuerza de esta admisión porque es un testimonio del uso de San Pablo del término "tercer día", y de la observancia cristiana del primer día de la semana. Y, sin embargo, a menudo se argumenta que la creencia en la tumba vacía es imposible, y algunos interpretan la idea de la resurrección como el resurgimiento de la influencia espiritual de Cristo sobre los discípulos. Se piensa que el valor esencial de la Resurrección puede ser preservado incluso renunciando a la creencia en su levantamiento corporal de la tumba [Orr, ut supra, p. 23]. Pero, ¿cómo es posible creer en la Resurrección mientras se considera que el fundamento de esta creencia es un error? Los discípulos, al encontrar la tumba vacía, creyeron que había resucitado, y la creencia difícilmente puede ser verdadera si el fundamento es falso. Además, las diversas formas de la teoría de la Visión ahora se consideran inadecuadas, ya que implican el cambio de casi todas las declaraciones del Evangelio y la invención de nuevas condiciones de las que los Evangelios nada saben. [Orr, ut supra, p. 222.] ¿Por qué habrían de tener los discípulos esta abundante experiencia de visiones, y por qué habrían de estar éstas estrictamente limitadas a un período muy breve, y luego llegar súbitamente a su fin? Conocían la aparición de un espíritu, como la de Samuel, y habían presenciado la resurrección de un cuerpo, como la de Lázaro, pero nunca habían experimentado o imaginado el hecho de un cuerpo espiritual, la novedosa combinación de cuerpo y espíritu. Por lo tanto, es imposible aceptar la teoría de una manifestación espiritual real de Cristo resucitado, pues ninguna comunicación telepática equivale a la idea de resurrección. En cualquier caso, la investigación psíquica no responde a las condiciones de la resurrección física registrada en el Nuevo Testamento. "La supervivencia del alma no es resurrección". "¿Quién ha oído hablar de un espíritu enterrado"? [Orr; ut supra, p. 229]. Aunque se diga que la fe no está ligada a la posesión de un punto de vista particular sobre la relación de la gloria presente de Cristo con el cuerpo que una vez estuvo en la tumba de José, sin embargo, la fe debe descansar en última instancia en los hechos, y es difícil ver cómo la creencia cristiana puede ser "agnóstica con respecto a los hechos que son tan prominentes en el Nuevo Testamento, y que forman una parte vital del testimonio apostólico". El intento de oponer fe y evidencia histórica es insatisfactorio, y hay un sentimiento creciente de que es imposible creer en el mensaje pascual sin creer en los hechos pascales. Cuando se admite que las pruebas de la tumba vacía son suficientes, se ve inmediatamente la imposibilidad de cualquier otra explicación. La evidencia debe ser justificada y explicada adecuadamente. Cada vez es más evidente que las diversas teorías no pueden explicar los registros de los Evangelios ni el lugar y el poder de esos Evangelios en todas las épocas de la Iglesia. La fuerza de la evidencia se ve claramente por las explicaciones sugeridas por algunos escritores modernos. [Las de Oscar Holtzmann, K. Lake y A. Meyer pueden verse en Orr, The Resurrection of Jesus, cap. VIII, y la de Reville en C. H. Robinson, Studies in the Resurrection of Christ, p. 69. Véase también el artículo de Streeter, en Foundations]. Ninguna de ellas es defendible sin violentar el relato evangélico y sin proponer nuevas teorías improbables y sin pruebas históricas o literarias.

Otros sugieren que "la Resurrección de Cristo fue una realidad objetiva, pero no fue una reanimación física" [C. H. Robinson ut supra p. 12]. Pero surge la dificultad en cuanto al significado del término resurrección. Si significa un retorno de entre los muertos, un resucitar (re), ¿no debe haber habido alguna identidad entre lo que fue puesto en la tumba y la "realidad objetiva" que apareció a los discípulos? ¿Dónde radica la diferencia esencial entre una visión objetiva y una aparición objetiva? Si se cree en el testimonio de los Apóstoles sobre la tumba vacía, ¿por qué no se puede aceptar también su testimonio sobre la Resurrección real? Está claro, por supuesto, que el cuerpo de la Resurrección no era exactamente el mismo que cuando fue puesto en la tumba, pero también está claro que había una identidad definida, así como una diferencia definida, y ambos elementos deben ser explicados. Por lo tanto, volvemos a considerar los hechos registrados en los Evangelios, y debemos exigir una explicación que tenga en cuenta todos ellos y no violente ninguna parte de la evidencia. Predecir un nuevo cuerpo de resurrección en el que Jesucristo se apareció a sus discípulos no explica cómo en tres días el cuerpo que había sido colocado en la tumba fue eliminado. La teoría parece exigir un nuevo milagro propio [Kennett, *Intérprete*, Vol. V, p. 271].

3. La siguiente línea de prueba es la transformación de los discípulos a causa de la Resurrección. Con la muerte de su Maestro habían perdido toda esperanza, y sin embargo ésta volvió tres días después. Cuando les llegó el mensaje de la Resurrección se mostraron incrédulos, pero una vez que tuvieron la certeza de ella no volvieron a dudar. Hay que explicar este asombroso cambio en tan poco tiempo. Un crecimiento legendario era imposible en un período tan breve, y el hecho psicológico de este maravilloso cambio exige una explicación completa. Los discípulos estaban dispuestos a creer en la aparición de un espíritu, pero nunca parecen haber contemplado la posibilidad de una resurrección (Marcos 16:11). Los hombres no imaginan lo que no creen, y la intención de las mujeres de embalsamar un cadáver demuestra que no esperaban su resurrección. Además, es impensable una alucinación en la que participen quinientas personas a la vez y que se repita varias veces.

4. La siguiente línea de prueba es la existencia de la Iglesia primitiva. Ahora se admite que la comunidad primitiva de cristianos llegó a existir como resultado de una creencia en la Resurrección de Cristo. ["No hay duda de que la Iglesia de los Apóstoles creía en la resurrección de su Señor" (Burkitt, *The Gospel History and Its Transmission*, p. 74)]. Destacan dos hechos: (1) la Sociedad se reunía por medio de la predicación; (2) el tema de la predicación era la Resurrección de Cristo. La evidencia de los primeros capítulos de los Hechos es inequívoca, y es imposible alegar que la Iglesia primitiva no conocía su propia historia, y que las leyendas crecieron rápidamente y fueron recibidas con avidez. Cualquier Iglesia moderna podría fácilmente dar cuenta de su historia durante los últimos cincuenta años o más [Orr, ut supra, p. 144], No había nada vago en el testimonio de la Iglesia primitiva.

"Así como la Iglesia es demasiado santa para un fundamento de podredumbre, así también es demasiado real para un fundamento de niebla" [Arzobispo Alexander, La Gran Cuestión, p. 10].

5. Un testigo de la Iglesia apostólica merece especial atención: el apóstol Pablo. Poseía las tres cualidades esenciales de un verdadero testigo: inteligencia, franqueza y desinterés. Su conversión y su obra destacan claramente en lo que se refiere a sus pruebas de la Resurrección. [Afirma que a los cinco años de la crucifixión de Jesús se le enseñó que 'Cristo murió por nuestros pecados según las Escrituras; y que fue sepultado, y que resucitó al tercer día según las Escrituras'" (Kennett, ut supra, p. 267). "Que a muy pocos años de la crucifixión de Jesús, la evidencia de la Resurrección de Jesús era, en la mente de al menos un hombre educado, absolutamente irrefutable" (Kennett, ut supra, p. 267)]. En vista, por lo tanto, del testimonio personal de San Pablo de su propia conversión, y de sus entrevistas con aquellos que habían visto a Cristo en la tierra, con la prominencia dada a la Resurrección en su enseñanza, podemos argumentar con razón que él se destaca más allá de toda duda como testigo de la Resurrección. Sus veinticinco años de servicio se basaron en el cambio repentino que se produjo en su conversión; y si su conversión fue verdadera, Jesucristo resucitó de entre los muertos, pues todo lo que el Apóstol era y hacía lo atribuía a la visión de Cristo resucitado. [Es bien sabido que Lord Lyttelton y su amigo Gilbert West abandonaron la Universidad de Oxford al final de un curso académico, decidiendo cada uno de ellos dedicar su atención respectivamente durante las largas vacaciones a la conversión de San Pablo y a la Resurrección de Jesucristo, con el fin de demostrar la falta de fundamento de ambas. Se reunieron de nuevo en otoño y compararon experiencias. Lord Lyttelton se había convencido de la verdad de la conversión de San Pablo, y Gilbert West de la Resurrección de Jesucristo].

6. La siguiente línea de prueba es el registro en los Evangelios de las apariciones de Cristo resucitado, y en vista de las fechas en que los Evangelios fueron escritos, esto debe ser considerado en el orden ahora indicado. La Iglesia creía en la Resurrección desde muchos años antes de que se escribieran los Evangelios, y por lo tanto es imposible que estos registros sean nuestra prueba principal. Debemos ir detrás de ellos si queremos apreciar la fuerza del testimonio, y es por esta razón que, siguiendo el orden lógico apropiado, reservamos para el final nuestra consideración de estas apariciones. El punto es de gran importancia. [Cualquiera que sea la teoría que se sostenga sobre el origen y la relación de los Evangelios, las apariciones pueden examinarse con seguridad y minuciosidad. Hay dos series de apariciones, una en Jerusalén y otra en Galilea, y su número y la amplitud y peso de su testimonio exigen una estimación cuidadosa. Los libros que tratan específicamente de la Resurrección examinan minuciosamente cada aparición, pero esto es imposible en las condiciones de este trabajo, aunque cabe señalar que nadie puede leer el relato de la caminata a Emaús (Lucas 24), o la visita de San Pedro y San Juan a la tumba (Juan 20) sin observar las sorprendentes marcas de realidad

en los relatos. ["Lleva consigo, como han señalado grandes críticos literarios, las más profundas evidencias internas de su propia veracidad literal. Porque narra de tal manera la relación de 'un Dios resucitado' con hombres comunes y corrientes que pone lo natural y lo sobrenatural uno al lado del otro en perfecta armonía. Y hacer esto siempre ha sido la dificultad, la desesperación de la imaginación. La alternativa se ha planteado razonablemente así: San Lucas era un poeta más grande, un genio más creativo que Shakespeare, o - no creó el registro. Tenía una ventaja sobre Shakespeare. El fantasma en Hamlet fue el esfuerzo de una laboriosa imaginación. El Cristo resucitado en el camino fue un hecho supremo, y los evangelistas no hicieron más que contarlo tal como fue" (Obispo Moule, *Meditaciones para el Año de la Iglesia*, p. 108). Véase también Orr, *ut supra*, p. 176 s.]. Las dificultades relacionadas con el número y el orden de las apariciones se deben probablemente sobre todo al carácter sumario del relato, y no invalidan el testimonio uniforme de los dos hechos: (1) la tumba vacía; (2) las apariciones de Cristo al tercer día. [Orr, *ut supra*, p. 212]. Las propias dificultades de los Evangelios son un testimonio de la convicción de la verdad de los relatos por parte de la Iglesia cristiana a lo largo de los siglos. Los registros se han dejado sin temor tal como están debido a los hechos que encarnan. Si no hubiera habido dificultades, se podría haber acusado de artificialidad a los registros, y el hecho de que poseamos estos dos conjuntos de apariciones es realmente un argumento a favor de su credibilidad, ya que un solo conjunto podría haber sido rechazado por falta de apoyo.

Cuando examinamos todas estas líneas convergentes de evidencia parece imposible escapar del problema de un milagro físico, y esta es la visión *prima facie* de la evidencia ofrecida. Es esta cuestión de lo milagroso la que está en la raíz de gran parte de la incredulidad moderna en la Resurrección. La doctrina científica de la uniformidad y continuidad de la naturaleza lleva a la conclusión de que los milagros son imposibles. O bien no se nos permite creer, o bien se nos dice que no estamos obligados a creer, en la reanimación de un cadáver. Si se adopta este punto de vista, "no hay necesidad, en realidad, de investigar las pruebas; la cuestión se decide antes de examinar las pruebas" [Orr, *ut supra*, pp. 44, 46; C. H. Robinson, *ut supra*, Cap. II]. Pero esta posición pretende demostrar demasiado, ya que descartaría todas las intervenciones divinas que podrían llamarse milagrosas. Desde este punto de vista sería imposible explicar la Persona de Cristo en absoluto. "Una Personalidad sin pecado sería un milagro en el tiempo". Quienes sostienen una visión teísta del mundo no pueden aceptar ninguna opinión *a priori* de que los milagros son imposibles. La Resurrección, por lo tanto, significa la presencia del milagro, y "no se puede eludir la cuestión con la que esto nos enfrenta" [Orr, *ut supra*, p. 53].

En los últimos años se ha intentado explicar la Resurrección por medio de ideas derivadas de fuentes babilónicas y orientales. Se argumenta que la Mitología proporciona la clave, y que no sólo la analogía, sino la derivación se encuentra en ella. Pero no se ofrece nada digno del nombre de prueba histórica, y la idea es a menudo bastante arbitraria y prejuiciada por la actitud hacia lo sobrenatural. No hay

literalmente ningún vínculo de conexión entre estos cultos orientales y la creencia cristiana en la Resurrección.

Y así volvemos a la consideración de las diversas líneas de prueba. Tomadas por separado, son sólidas; tomadas en conjunto, el argumento es acumulativo y casi irresistible. Cada hecho debe tener su causa adecuada, y la única explicación apropiada del cristianismo actual es la Resurrección de Cristo.

IV - La teología de la resurrección

La Resurrección no es sólo un hecho; es una fuerza, y su teología es tan importante que requiere una atención especial. De hecho, la prominencia dada en el Nuevo Testamento a la enseñanza relacionada con ella ofrece una fuerte confirmación del hecho mismo, pues parece increíble que verdades tan variadas e importantes no descansen en un hecho histórico. La doctrina puede resumirse brevemente.

1. Probatorio. - La Resurrección es la prueba del carácter expiatorio de Cristo y de su Deidad y exaltación Divina (Rom. 1:4). En el Nuevo Testamento se muestra como la vindicación de su carácter y la justificación de lo que había dicho acerca de sí mismo y de su misión divina. A este respecto, es especialmente significativo el énfasis que se pone en el hecho de que la Resurrección fue obra de Dios y no del propio Cristo. Después de la Resurrección actual no parece haber un solo texto que atribuya la Resurrección al propio Cristo. Incluso aquellos pasajes que son dudosos en español son bastante claros en griego, enseñando que Él resucitó de entre los muertos (Hechos 2:32, Rom. 4:24, 25; 1 Cor. 6:14, 1 Tes. 1:10). Este énfasis en el acto de Dios Padre es un testimonio sorprendente de su aprobación de la vida y obra de Jesucristo.

2. Evangelístico. - El Evangelio primitivo incluía el testimonio de la Resurrección como uno de sus rasgos característicos, proporcionando así a los oyentes la seguridad de la redención divina. Sellaba la expiación y daba testimonio de su adecuación y certeza para la salvación de los hombres (Rom. 4:25, 1 Cor. 15:1-4).

3. Redentora. - La Resurrección se muestra como la garantía de la justificación del creyente, que al aceptar el mensaje del Evangelio tiene la absoluta seguridad de ser aceptado por Dios (1 P. 1:21).

4. Espiritual. - La resurrección de Cristo se considera la fuente y la norma de la santidad del creyente. Todos los aspectos de la vida cristiana, desde el principio hasta el final, están de alguna manera asociados a ella (Rom. 6).

5. Escatológico. - La Resurrección es la garantía y el modelo de la resurrección del creyente (1 Co. 15). Como los cuerpos de los santos resucitaron (Mt. 27:52), así

los nuestros han de ser vivificados (Rom. 8:11), y hechos semejantes al cuerpo glorificado de Cristo (Fil. 3:21), convirtiéndose así en cuerpos espirituales (1 Cor. 15:44), es decir, cuerpos gobernados por sus espíritus y que, sin embargo, siguen siendo cuerpos. Así, la resurrección de Cristo garantiza nuestra resurrección (1 Tes. 4:14). Completó una experiencia humana que le preparó para ser el Salvador del mundo, la Cabeza de la Iglesia, y le proporcionó un cuerpo de Resurrección que era el tipo del nuestro. Es, por supuesto, imposible hablar definitivamente sobre el cuerpo de resurrección del creyente, pero el ejemplo del cuerpo de resurrección de nuestro Señor es la mejor, de hecho, la única, ilustración que poseemos. Todo lo que podemos decir es que será un cuerpo y, sin embargo, espiritual; espiritual y, sin embargo, un cuerpo. Habrá identidad y continuidad con cualesquiera diferencias de las que actualmente no sabemos, y tal vez no podamos saber, nada. [Véase Westcott, El Evangelio de la Resurrección; Milligan, La Resurrección].

V – La Ascensión y Sesión

1. La Ascensión. - El Nuevo Testamento considera la Ascensión con sus verdades complementarias de la sesión e intercesión de Cristo como la culminación de su obra redentora. Nuestro Señor mismo dijo a sus discípulos: "Os conviene que yo me vaya", y en esta "conveniencia" hay algo que ha sido muy descuidado por la Iglesia. Sin duda se debe al hecho de que el Día de la Ascensión es una fiesta entre semana, en lugar de un domingo, que su observancia ha sido muy insignificante en comparación con la del Día de Pascua, y sin embargo, tal vez esto no es toda la explicación de la negligencia comparativa de la fiesta de la Ascensión y su profundo significado. En el cuarto Evangelio hay al menos doce referencias claras a ella (por ejemplo, 1:51, 3:13, 6:62, 13:3, 17:11; y especialmente los capítulos 14-16). En la Epístola a los Hebreos no se encuentra ninguna referencia a la Resurrección, excepto en la doxología final, mientras que la Ascensión es la principal verdad espiritual. Luego, también, vemos lo que significó para nuestro Señor mismo en San Lucas 9:51 y Hechos 2:33. Fue en la Ascensión cuando nuestro Señor comenzó su obra como Sacerdote y Rey, y por eso la posición doctrinal de la Epístola a los Hebreos se centra en el hecho de la Ascensión en relación con el sacerdocio de nuestro Señor.

Pero también significó mucho para los discípulos, pues la "conveniencia" se aplicaba tanto a ellos como a nuestro Señor. (a) Trajo una paz más profunda. La Ascensión de Cristo fue la culminación de su vida y obra terrenales, y dio propósito y razón a todo lo demás. Mientras que la remoción de la culpa del pecado estaba asociada con su muerte, y la destrucción del poder del pecado con su resurrección, la remoción de la separación causada por el pecado estaba asociada con su ascensión, y en esto radica la fuerza de la palabra del Apóstol: "Cristo es el que murió, más aún, el que resucitó, el que está a la diestra de Dios" (Rom. 8:34), así que en la seguridad de que "Él mismo es la propiciación por nuestros pecados" (1 Juan 2:2) la conciencia y el corazón encuentran descanso. La justicia de Cristo ha sido aceptada, su posición está asegurada, y ahora el acceso es posible para todos

los creyentes. (b) Provocó una fe más fuerte. Había un gran trabajo que hacer, y uno que necesitaba mucha confianza y audacia. Sólo el pensamiento de un Maestro victorioso podía hacer discípulos victoriosos. Mientras su vida estuviera incompleta, o fuera sólo sufrimiento, la vida de ellos carecería de inspiración. Pero la Ascensión era la prenda de un resultado victorioso (Heb. 4:14), y los discípulos debían, por lo tanto, "mantener firme su confesión", porque cualquier lucha que pudieran tener estaba segura de terminar en victoria (2 Tim. 2:12). (c) Conducía a una obra mayor. Durante la vida terrenal de Cristo, su obra fue sólo local, pero después de haber sido recibido en el cielo no podía limitarse a Judea o Galilea. La palabra fue: "Id por todo el mundo", y en la Ascensión de su Maestro los discípulos se elevarían por encima de estrecheces y mezquindades al contemplar el propósito de la evangelización mundial. (d) Daba una esperanza más clara. Sin duda tenían las ideas judías habituales sobre la salvación, pero fue la presencia de su Maestro en el cielo lo que la hizo real para ellos. Humano y divino a la vez, les había dicho que iba a prepararles un lugar (Juan 14:2, 3). Fue allí como Precursor y Príncipe, y les dijo que se alegraran porque Él iba al Padre (Juan 14:28). Su palabra para ellos fue una inspiración: "Porque yo vivo, vosotros también viviréis". (e) Les proporcionó un poder mayor. En la tierra su Maestro estaba necesariamente limitado y circunscrito, pero a la diestra de Dios la autoridad y el poder eran suyos, y los discípulos podían por lo tanto depender de su presencia y gracia en toda la obra que Él les enviaba a hacer (Marcos 16:20). Este era el significado de su propia palabra: "Obras mayores que éstas hará, porque yo voy al Padre" (Juan 14:12), y así, cuando vino el Consolador, fueron capacitados para realizar tareas que ni siquiera el Señor en la tierra era capaz de hacer. Su presencia y poder condujeron a la consecución de resultados espirituales de maravillosa extensión e influencia (Juan 7:37-39, 16:7; Hechos 2:33; Efesios 4:8). Así, la Ascensión fue para los discípulos a la vez motivo de alegría (Lc. 24:52, Jn. 14:28), secreto de comunión (Jn. 16:16, 20:17) y norma de vida (Col. 3:1 ss.).

2. La Sesión. - Tras el acto de la ascensión, el Nuevo Testamento tiene no poco que decir de la vida presente de nuestro Señor en el cielo. La mayoría de las Vidas de Cristo escritas en los últimos años comienzan con Belén y terminan con la Ascensión. Pero el Nuevo Testamento comienza antes y continúa después. El artículo trata de la vida glorificada de Cristo en el cielo, y es importante observar con cierto detalle la enseñanza de las Escrituras. Está sentado a la diestra de Dios (Col. 3:1; Heb. 1:3, 8:1, 10:12). Otorgó el don del Espíritu Santo el día de Pentecostés (Hch 2,4). Añadió discípulos a la Iglesia (Hch 2:47). Colaboró con los discípulos cuando salieron a predicar el Evangelio (Marcos 16:20). Curó al impotente (Hch 3,16). Se puso de pie para recibir al primer mártir (Hch 7,56). Se apareció a Saulo de Tarso (Hch 9,5). Intercede por su pueblo (Rom 8,34; Heb 7,25). Es capaz de socorrer a los tentados (Heb. 2:18). Es capaz de compadecerse (Heb. 4:15). Puede salvar hasta lo sumo (Heb. 7:25). Vive para siempre (Heb. 7:24, Apoc. 1:18). Es nuestro Gran Sumo Sacerdote (Heb. 7:26, 8:1, 10:21). Posee un sacerdocio inmutable o inviolable (Heb. 7:24). Aparece en la presencia de Dios por nosotros (Heb. 9:24). Es nuestro Abogado ante el Padre (1 Jn. 2:1). Él está esperando hasta que toda oposición a Él

sea vencida (Heb. 10:13). Esto incluye todas las enseñanzas del Nuevo Testamento relativas a la vida de nuestro Señor en lo alto. Es importante atenerse estrictamente a esto, debido a una opinión corriente que se encuentra en ciertos círculos de que Él se está ofreciendo ahora ante el Padre. Hace muchos años un número de clérigos declararon su creencia en estos términos: "Creemos que en el cielo Cristo, nuestro Gran Sumo Sacerdote, se ofrece siempre ante el Padre Eterno". [Correspondencia entre el reverendo W. B. Marriott y el canónigo T. T. Carter, pág. 3]. Y algunas obras recientes enseñan la misma doctrina. Pero es imposible reconciliar esto con lo que se encuentra en el Nuevo Testamento. Toda la ofrenda de nuestro Señor se considera allí como pasada en conexión con la Cruz (Heb. 7:27, 9:14). Se dice que la ofrenda fue "hecha una vez para siempre" (Heb. 10:10); y Él está sentado a la diestra de Dios (Heb. 1:3, 8:1, 10:2). No había altar en el Lugar Santísimo, símbolo del cielo (Heb. 9:3-5), y el Cordero en medio del trono en el Apocalipsis no se está ofreciendo a sí mismo (Ap. 5:6, 7:17). En una palabra, no hay ni rastro de la presencia de Cristo por encima de ser una presentación perpetua ante Dios de su sacrificio. El verbo griego "ofrecer" en la frase "algo que ofrecer" (Heb. 8:3) está en tiempo aoristo, lo que implica algo completado, y, como todas las demás referencias en el Nuevo Testamento, mira hacia atrás al Calvario. [Véase el tratamiento de Dimock en *Our One Priest on High* (págs. 14-16), con las sorprendentes citas de tres maestros de la erudición neotestamentaria, Marriott, Westcott y Gifford]. Una gran autoridad, el Obispo Westcott, muestra que la obra actual de nuestro Señor es la de aplicar los frutos de su expiación completa, y que "no tenemos autoridad para ir más allá" de la enseñanza de Hebreos en esta conexión. Además, no se puede encontrar ningún rastro de esta doctrina en el Libro de Oración. Si Cristo se estuviera ofreciendo a sí mismo o su sacrificio en el cielo, sería una verdad tan importante que debería ocupar una posición de prominencia definitiva en la enseñanza de nuestra Iglesia. Pero al abrir el Libro de Oraciones no encontramos rastro alguno de ella. ["Eco puede responder '¿dónde? Es el único sonido en respuesta. Hay un silencio sepulcral, no hay voz ni nadie que responda. ... Buscamos en nuestros credos consagrados - no está allí. Recurrimos al gran himno que nos ha llegado desde la más remota antigüedad, el "Te Deum"; ni una palabra. Examinamos nuestro Servicio Eucarístico: no está. Encontramos un Prefacio apropiado para el día de la Ascensión de Nuestro Señor al cielo: no está. En las súplicas de nuestra Letanía encontramos mención de todos los puntos prominentes en la obra de nuestro bendito Señor por nuestra salvación, pero ninguna palabra de ninguna ofrenda de sacrificio en el cielo. Miramos los Artículos de Religión. Ciertamente no está allí" (Adaptado y abreviado de Dimock, *The Christian Doctrine of Sacerdotium*, p. 13 s.)]. Por lo tanto, si se enseña una doctrina que no puede encontrarse ni en el Nuevo Testamento ni en el Libro de Oración, ciertamente no forma parte de la enseñanza anglicana.

A veces se enseña una doctrina algo diferente, aunque estrechamente relacionada, diciendo que nuestro Señor está suplicando su sacrificio en lo alto, como si suplicar no fuera fundamentalmente diferente de ofrendar. Nunca deben identificarse ni confundirse ambas cosas. Por supuesto, es cierto que nuestro Señor

está presente en el cielo debido al sacrificio que ofreció en el Calvario, y obviamente su intercesión se basa en el hecho de su obra expiatoria completa. Pero el Nuevo Testamento, significativamente como parece, nunca asocia su intercesión con el alegato de su sacrificio, y algunos de los mejores eruditos se oponen totalmente a esta opinión de que nuestro Señor está ahora ocupado en el alegato de su sacrificio. Así, el Obispo Westcott: "La concepción moderna de Cristo suplicando en el Cielo Su Pasión, 'ofreciendo su sangre' en nombre del hombre, no tiene fundamento en esta Epístola. Su humanidad glorificada es la prenda eterna de la eficacia absoluta de su obra cumplida. Él suplica, como los escritores más antiguos expresaron verdaderamente el pensamiento, por su presencia en el trono de su Padre. Mientras tanto, los hombres en la tierra en unión con Él disfrutan continuamente a través de su sangre lo que antes era el privilegio de un hombre en un día del año". [Hebreos, p. 230. "Las palabras, 'Aún ... su muerte prevaleciente Él aboga' no tienen garantía apostólica, y ni siquiera pueden reconciliarse con la doctrina apostólica. En la medida en que la expiación en relación con Dios se habla en términos de tiempo, la Biblia me parece que nos enseña a pensar en ella como si estuviera enteramente en el pasado - una cosa hecha 'de una vez y para siempre'" (Vida y Cartas de F. J. A. Hort. Vol. II, p. 213)].

No hace falta decir que las palabras relacionadas con la Santa Cena, "Haced esto"; "Recuerdo"; "Mostrad", no nos dicen nada de la vida presente de nuestro Señor en el cielo. [Plummer, "St. Luke", International Critical Commentary, p. 497 y ss.; Gore, The Body of Christ (primera edición), p. 315; W. B. Marriott, Memorials, p. 206].

De modo que nuestro Señor no se está ofreciendo a sí mismo al Padre, o abogando por su sacrificio, o incluso representando su sacrificio, sino que está ante la presencia de Dios en nuestro favor; intercediendo allí por su presencia y sobre la base de su redención completada en la Cruz; simpatizando; socorriendo, y salvando al pecador; dando el Espíritu Santo; gobernando y guiando a la Iglesia; esperando hasta llegue el momento de que Él aparezca de nuevo.

Por tanto, debemos "levantar el corazón". Es significativo que la Epístola a los Hebreos describa el punto culminante o la médula de la Epístola como "tenemos tal Sumo Sacerdote, el cual se sentó" (cap. 8. Cuando el Sumo Sacerdote había presentado la sangre en el Día de la Expiación, su obra estaba completa, y si pudiéramos imaginarlo capaz de permanecer allí en la presencia de Dios, sería sobre la base de esa ofrenda completada, y no de que continuara ofreciendo o presentando algo. Además, como no había altar en el Lugar Santísimo, tampoco podía haber ninguna ofrenda sacrificial. Cristo no está ahora en o sobre un altar, o en un propiciatorio, sino en el trono. Su presencia allí en nuestro favor, como nuestro representante, lo induce todo.

El Dr. Swete está de acuerdo con el Obispo Westcott en sostener que la presencia de nuestro Señor en el cielo es su intercesión: - "La Intercesión de Cristo Ascendido no es una oración sino una vida. El Nuevo Testamento no lo representa como un orante siempre de pie ante el Padre, y con los brazos extendidos, como las figuras de los mosaicos de las Catacumbas, y con fuertes gritos y lágrimas suplicando nuestra causa en presencia de un Dios reacio; sino como un Rey-Sacerdote en trono, pidiendo lo que quiere a un Padre que siempre escucha y concede su petición. La vida de Nuestro Señor en el Cielo es su oración". [Swete, El Cristo Ascendido, p. 95].

Bien podemos contentarnos con el pensamiento de que Él está allí, y que su presencia con el Padre es el secreto de nuestra paz, la seguridad de nuestro acceso y la garantía de nuestra relación permanente con Dios. Precisamente en este punto se nota una diferencia esencial entre el tipo y el antitipo. El Sumo Sacerdote entró en el Lugar Santísimo con sangre, pero con respecto a la entrada de Cristo en el cielo hay una alteración significativa en la frase. Se dice que Él entró allí "por su propia sangre"; Su acceso se basa en el acto del Calvario (Heb. 9:12). Es en el sacerdocio de Cristo donde los cristianos se dan cuenta de la diferencia entre la inmadurez espiritual y la madurez espiritual (Heb. 6:1, 10:1), y es el propósito de la Epístola a los Hebreos enfatizar esta verdad por encima de todas las demás.

El cristianismo es "la religión del libre acceso a Dios", y en la medida en que nos demos cuenta de este privilegio de acercarnos y mantenernos cerca, encontraremos en la actitud de *Sursum corda*, "Levantad vuestros corazones", uno de los rasgos esenciales de una vida cristiana fuerte, vigorosa, creciente y gozosa. [Las últimas frases están basadas y tomadas del artículo del autor, "Sacerdote", en el Diccionario de Cristo y los Evangelios de Hastings. "Nuestra fe tiene que levantar la cabeza y dar gracias a Dios porque nuestro Gran Sumo Sacerdote ya no sacrifica por el pecado; que, habiendo perfeccionado para siempre a los santificados mediante una sola ofrenda, ahora vive y reina, sentado en su majestad, trono de su gloria, santo, puro, inmaculado y apartado de los pecadores, y hecho más alto que los cielos, con poder ante el cual se dobla toda rodilla, dando la victoria a sus santos, a quienes ama hasta el extremo, pudiendo también salvar perpetuamente a todos los que por Él se acercan a Dios, viviendo siempre para interceder por ellos" (Dimock, *Our One Priest on High*, p. 78)].

Hay otro asunto que parece llamar la atención relacionado con la sesión de nuestro Señor en el cielo. Cuando surgieron las controversias respecto a la presencia de Cristo en la Eucaristía, algunos escritores utilizaron un lenguaje relativo al cuerpo glorificado de Nuestro Señor que parecía sugerir que después de su ascensión que su naturaleza humana se deificó, y casi, si no del todo, perdió los atributos de la humanidad. Esto es lo que ha llevado a la pregunta: ¿Podemos pensar que nuestro Señor ascendido está presente en todas partes como Hombre? No cabe la menor duda de que el Artículo pretendía oponerse a esta opinión, y una fuerte confirmación de esto se ve al comparar las palabras del Artículo con la rúbrica al final del Servicio

de Comunión. ["No se pretende ni se debe adorar ni el Pan ni el Vino Sacramentales recibidos corporalmente, ni ninguna Presencia Corporal de la Carne y Sangre naturales de Cristo. Porque el Pan y el Vino Sacramentales permanecen todavía en sus mismas sustancias naturales, y por lo tanto no pueden ser adorados (porque eso sería Idolatría, que debe ser aborrecida por todos los cristianos fieles); y el Cuerpo y la Sangre naturales de nuestro Salvador Cristo están en el cielo y no aquí; siendo contrario a la verdad que el Cuerpo natural de Cristo esté a la vez en más de un lugar"]. El tema estaba así claramente ante los compiladores de nuestros Artículos. [El Artículo enseña inequívocamente la presencia local de la humanidad de Cristo en el cielo, puesto que Él "tomó de nuevo su cuerpo... con el cual ascendió al cielo, y allí está sentado", etc. De modo que, por lo que se refiere a su humanidad, podemos hablar con razón de la ausencia real de Cristo, como también podemos hablar de la presencia real en y por el Espíritu Santo. Pero mientras esto sea así, no debemos suponer ni por un momento que "las Dos Naturalezas" están de alguna manera separadas la una de la otra, aunque, como en el registro de la vida terrenal de nuestro Señor, la unión y correlación estén más allá de nuestra comprensión. Hooker se ha esforzado por exponer la verdad, aunque hay que confesar que ni siquiera él es capaz de arrojar mucha luz, si es que arroja alguna. Mientras que, por un lado, considera "una verdad infalible que Cristo como Hombre no está presente en todas partes", añade que "en cierto sentido está presente en todas partes incluso como Hombre", y habla de esta presencia universal como "en cierto modo", ya que dondequiera que esté el Verbo, la Humanidad está unida a él. Según Hooker, por lo tanto, hay una especie de presencia del Varón por conjunción, una presencia de cooperación y una presencia de fuerza y eficacia. [Hooker, Eccl. Pol., Bk. V., Ch. LIV, Section 7]. Realmente no hay peligro de nestorianismo o eutiquianismo si nos adherimos cuidadosamente a la clara enseñanza de la Escritura, tal como la interpreta el Artículo, de que nuestro Señor está ausente como Hombre y, sin embargo, presente como Dios. La dificultad se debe casi totalmente a una concepción errónea de la humanidad glorificada de nuestro Señor como asociada con la Santa Comunión, pero la Escritura, con nuestro Libro de Oración siguiéndola, limita claramente el pensamiento de la muerte de nuestro Señor, y no su estado glorificado, a la Santa Comunión, donde, como dice Cranmer, nos ocupamos del cuerpo *ut in cruce non in coelo* (del cuerpo como en la cruz, no en el cielo).

VI - El retorno y el juicio

El Artículo sigue al Credo al declarar breve pero claramente la expectativa de la segunda venida de nuestro Señor.

I. La venida. - El regreso del Señor Jesucristo no es una mera doctrina para ser discutida, ni un asunto para estudio intelectual solamente. Su prominencia en el Nuevo Testamento muestra la gran importancia de la verdad, pues se hace referencia a ella más de trescientas veces, y casi puede decirse que ninguna otra doctrina se menciona con tanta frecuencia o se enfatiza con tanta fuerza. [El

bautismo se menciona diecinueve veces en siete epístolas, y en catorce de veintiuna no se alude a él. La Cena del Señor sólo se menciona tres o cuatro veces en todo el Nuevo Testamento, y en veinte de veintiuna Epístolas no se alude a ella. La Venida del Señor se menciona en uno de cada trece versículos del Nuevo Testamento, y sólo en las Epístolas en uno de cada diez versículos. Esta proporción es sin duda de importancia, porque si la frecuencia de la mención es un criterio, apenas hay otra verdad de igual interés y valor]. Justo antes de morir, nuestro Señor dijo a sus discípulos que volvería (Juan 14:3), y cuando ascendió, dos mensajeros celestiales se aparecieron a los Apóstoles corroborando las palabras del Maestro al decir que volvería de la misma manera que le habían visto partir (Hechos 1:11). A partir de entonces, esta Venida iba a ser la "esperanza bienaventurada" de su pueblo hasta su gloriosa aparición (Tit. 2:3). Por lo tanto, es importante distinguir clara y constantemente entre nuestra muerte y la venida del Señor. Ambas se contraponen siempre. La muerte viene a todos, cristianos y paganos, pero la aparición del Señor ha de aplicarse sólo a los cristianos. Cristo mismo distinguió claramente entre la muerte y su venida (Juan 21:23). El Credo, siguiendo el Nuevo Testamento, también es bastante claro en cuanto a la venida futura y personal de Cristo. Aunque hay un sentido en el que Cristo vino en y por el Espíritu Santo en Pentecostés, y aunque, además, Él todavía viene a morar en su pueblo por el mismo Espíritu, esto nunca debe identificarse con su futura venida, porque aquellos que habían recibido el Espíritu todavía debían esperarle desde el cielo (1 Tes. 1:8-10). Por lo tanto, la Venida es el clímax y la culminación de Su obra de redención, cuando el Cuerpo de Cristo, la Iglesia, se complete, y el Señor introduzca ese Reino que finalmente resultará en que Dios sea todo en todos (Ef. 1:14, Ro. 8:19-23, 1 Co. 15:23-28).

2. El Juicio – El Artículo establece en términos generales el propósito de la Venida de nuestro Señor como el del juicio "en el último día". Pero el Nuevo Testamento tiene mucho más detalle que esto, y el juicio es solo una parte de su obra. En palabras familiares, se nos dice: "He aquí, Él viene con las nubes descendiendo", tenemos lo que puede llamarse la segunda parte de su Venida, la venida para el juicio, según el Credo. Pero antes de eso, el Nuevo Testamento parece enseñar una venida para su pueblo, y un arrebatamiento de ellos antes de que Él regrese a la tierra para el juicio. De todas las Escrituras que tratan de la primera parte de la Venida, no hay ninguna más explícita que 1 Tesalonicenses 4:13-18. Y aunque en los detalles los estudiosos de las Escrituras pueden diferir, se puede decir que hay una creencia universal en cuanto a las líneas generales de enseñanza que expresan el propósito de la Venida de nuestro Señor nuevamente. Entre otros objetivos para los cuales Él viene nuevamente están: (1) llevar consigo a sus discípulos redimidos, incluyendo la resurrección de los que han muerto y la transformación de los que estarán vivos en su Venida. (2) Recompensar a sus siervos después de su vida de gracia en la tierra. (3) Inaugurar la paz y gobernar este mundo que ahora está en rebelión. (4) Reunir a Israel y colocarlos en su propia tierra. (5) Ejecutar juicio sobre los que rechazan su gracia. (6) Tragar la muerte en victoria. (7) Para atar a Satanás y dar paso a la Eternidad. Por lo tanto, es usual distinguir entre la venida de Cristo

por su pueblo y con su pueblo, siendo esta última a la que se refieren específicamente el Credo y el Artículo. Pero cualquiera que sea nuestro punto de vista sobre los detalles, no debemos permitir que nada interfiera con nuestra firme creencia en el hecho de la venida. A la luz de la inclusión de esto por parte de San Pablo en el Evangelio predicado en Tesalónica (2 Tesalonicenses 2:5), el resultado sólo puede ser una pérdida espiritual si se ignora o se deja de lado la venida de Cristo. No hay ninguna verdad que purifique y exalte tanto la vida cristiana, ninguna que inspire tanto fervor al trabajador y esperanza al desalentado y perplejo. En la institución de la Cena del Señor, Cristo hizo referencia a su venida, y nadie puede comprender plenamente el significado de la Santa Cena sin mirar hacia adelante, hacia la venida, así como hacia atrás, hacia la Cruz. La salvación incluye espíritu, alma y cuerpo, y esta triple plenitud sólo se realizará en y a través de "esa bendita esperanza, la gloriosa aparición de nuestro Gran Dios y Salvador".

La referencia al juicio tiene un valor especial a la luz de todos los misterios relacionados con la presencia del pecado y el sufrimiento. La Escritura enseña claramente que Cristo, el Salvador presente, será el Juez futuro (Juan 5:22, 27; Hechos 18:3; Rom. 2:16), y en este juicio, marcado como estará por la imparcialidad absoluta y el conocimiento completo, el hombre encontrará la vindicación perfecta de Dios y una explicación de todo lo que ahora es misterioso e inexplicable. El ansia de juicio a que nos obligan nuestra razón y nuestra conciencia encontrará su perfecta realización en la acción de aquel a quien se ha encomendado todo juicio. [Maclear y Williams, Introducción a los Artículos de la Iglesia de Inglaterra, p. 86, Nota 2].

Resumen de los artículos II-IV

Siguiendo la línea del Credo de los Apóstoles, estos tres artículos nos presentan la Persona y la obra de nuestro Señor como Redentor en una serie de actos y hechos conectados que han de ser factores y fuerzas en nuestra vida. Conviene resumir estas verdades para que sean completas.

1. La filiación divina en la que es "igual al Padre en cuanto a su Deidad". Jesucristo, su Hijo unigénito, Señor nuestro" (Credo de los Apóstoles); "Hijo unigénito de Dios, engendrado por el Padre antes de todos los siglos, Dios de Dios, Luz de Luz, Dios verdadero de Dios verdadero, engendrado, no creado, una misma sustancia con el Padre, por quien fueron hechas todas las cosas" (Credo Niceno).

2. La Encarnación por la que el Hijo de Dios se hizo Hijo del Hombre. "Concebido por el Espíritu Santo, Nacido de María Virgen" (Credo de los Apóstoles); "Y se encarnó por el Espíritu Santo de María Virgen, Y se hizo hombre" (Credo Niceno).

3. La muerte por la que hizo expiación por el pecado. "Sufrió bajo Poncio Pilato, fue crucificado" (Credo de los Apóstoles); "Y fue crucificado también por nosotros bajo Poncio Pilato. Sufrió" (Credo Niceno).

4. La sepultura y el descenso a los infiernos, por los que cumplió en plenitud nuestras experiencias humanas. "Muerto y sepultado" (Credo de los Apóstoles); "Y fue sepultado" (Credo Niceno).

5. La Resurrección en la que venció al pecado, a Satanás y a la muerte. "Al tercer día resucitó de entre los muertos" (Credo de los Apóstoles); "Y al tercer día resucitó según las Escrituras" (Credo Niceno).

6. La Ascensión y la Sesión por las que fue coronado como Sacerdote, Intercesor y Señor, concediendo la gracia y edificando su Iglesia. "Subió a los cielos y está sentado a la derecha de Dios Padre Todopoderoso" (Credo de los Apóstoles); "Subió a los cielos y está sentado a la derecha del Padre" (Credo Niceno).

7. El retorno, cuando recibirá a su pueblo, juzgará al mundo e introducirá la justicia eterna. "Desde allí vendrá a juzgar a los vivos y a los muertos" (Credo de los Apóstoles); "Y volverá con gloria para juzgar a los vivos y a los muertos, cuyo reino no tendrá fin" (Credo Niceno).